

Sabuco también rechaza esa actitud como crítica, sobre todo cuando adolecían tales latines de la corrección ciceroniana y clásica. Abril, que dedicó su vida a la didáctica de las *litterare humaniores* incidía en un correcto aprendizaje, en un correcto aprendizaje, en un repudio del barbarismo y otros vicios gramaticales (42) y especialmente le parecía “un grandísimo disparate aprender juntamente la ciencia y el modo del saber” utilizando junto a esta frase de gran modernidad el símil relativo a la identidad de este mecanismo y que un soldado aprendiera a la vez a hacer la guerra y construirse las armas o que un labrador aprendiera a hacerse sus aperos y a la vez cultivar la tierra (43). Contra la supervaloración del latín reacciona explícitamente Simón Abril con estas palabras: “He puesto trabajo en procurar que anduviesen (las *Cartas* de Cicerón) en nuestra lengua castellana, la cual ni es menos grave ni menos copiosa que cualquier otra lengua, aunque sea la latina o griega, y tratar en ella cualquier género de letras y cualquier manera de negocios” (44). No sólo, pues, es la lengua vulgar tan apta como el latín para expresar todo tipo de comunicación oficial, científica e incluso normal, sino que tampoco tiene nada que envidiarle y además, junto a la reafirmación de la equivalencia en este plano del castellano y el latín, se asienta un sentimiento contiguo a tal afirmación: el nacionalismo. La incipiente sensación de importancia frente a otras nacionalidades tiene en la esfera intelectual un punto en que destacar: la lengua. Así continúa Simón Abril: “Pareciéndome que con esto daría mucho gusto a los que no tienen tanta noticia de la lengua latina que baste para entenderlas (las *Cartas* de Cicerón) por sí y que enriqueciera mi propia lengua, *lo cual siempre procuraron los que tuvieron celo de hacer bien a su propia nación* y también les aliviaría de mucho trabajo a los que fuesen aficionados a entender la lengua latina...” (45).

Como indica Bahner, “en aquella rivalidad internacional de las naciones se fraguaron las aspiraciones propias tanto en la primacía política como en la intelectual. Las loas a la propia nación son expresión de estas aspiraciones” (46). Es sencillamente aquello de la “lengua compañera del imperio” de Nebrija. Credo y conciencia filológica unidos a ambición patriótica.

No es el único, ya lo dije antes, Pedro Simón Abril en esta actitud en el siglo XVI. Quería incidir en este aspecto, preterido dentro de los grandes nombres que lucharon por la lengua vulgar incluso dentro de las letras humanísticas para

(42) Abril dedicó un opúsculo *Aphorismi sive breves sententiae de vitiis orationis*, Zaragoza, 1584 (reprod. facs., Ciudad Real, 1984). Sobre esta obra, cfr. mi artículo en *Al-Basit*, 17, 1985, pg. 95-111.

(43) P. Simón Abril, prólogo de *La gramática griega*, Zaragoza, 1586.

(44) Id., *ibid.*, prólogo.

(45) Id., *ibid.*, prólogo. Decía Nebrija en el prólogo de su gramática castellana: “I por que mi pensamiento e gano siempre fue engrandecer las cosas de nuestra nación...”.

(46) Cfr. E. Asensio, “La lengua compañera del imperio. Historia de una idea de Nebrija en España y Portugal”, *Revista de Filología Española*, 1960, pg. 399-413. Añádanse las obras de G. Bleiberg, *Elogios de la lengua castellana*, Madrid, 1951, y J. F. Pastor, *Las apologías de la lengua castellana en el siglo de oro*, Madrid, 1929, 2.^a ed.